

Alguien especial

HABÍA CUMPLIDO LOS TRES AÑOS DE EDAD CUANDO, EN 1941, nació Jesús. Fue un hijo deseado intensamente, incluso con promesas al niño Jesús (de ahí su nombre) para que fuera varón, máximo anhelo de una familia cubana de las primeras décadas del siglo pasado. Yo pasé a ser la muñequita que todos debían proteger, incluido Jesús, que fue, desde sus primeros pasos, el hombre de la casa. Infancia breve, pues a los trece años Jesús comenzó a trabajar como visitador médico en un laboratorio que, entre otros productos, comercializaba un alimento para niños que se llamaba Meritene. Las muestras del producto pesaban mucho en su maletín, con el que tenía que hacer largas caminatas de clínica en clínica para ganarse treinta pesos al mes, dinero que en mi casa de Luyanó no podía faltar. Iniciaba Jesús un camino laboral que prometía, pues desde muy joven aprendía un oficio con futuro, ya que los grandes laboratorios pagaban muy bien. Era el benjamín de los visitadores, aunque nadie sospechaba que tenía sólo trece años, pues su estatura y madurez no se correspondían con la edad que tenía; a pesar de todo, era un niño. Recuerdo una anécdota familiar de entonces que me sobrecogió; en su primera visita a una consulta médica, Jesús permaneció sentado todo el tiempo entre los enfermos que esperaban su turno para ser atendidos por el médico. Después de salir el último paciente, bien tarde en la mañana, la doctora, le preguntó al joven que permanecía sentado en qué podía ayudarle. La mujer no podía creer que aquel muchacho, comido por la soledad, podía ser el visitador médico. Fue así que comenzó su labor y comenzó a forjarse un carácter recto, autoritario, de extrema entrega; en ocasiones, apabullante.

En 1959 comienza la parte más conocida y agitada de su vida, sus grandes ilusiones y sus profundos desencantos; el premio Casa, *El Caimán Barbudo* y *Pensamiento Crítico*, el Departamento de Filosofía, la censura de su novela que lo mantuvo alejado de la literatura durante diez años, sus películas, sus avatares en el ICAIC, sus hijos, sus viajes que contribuyeron a nutrir su sólida cultura.

Pero los desencantos pudieron más que las ilusiones y en 1991 decidió abandonar la isla, viajó a Alemania y años después a España, países donde pudo desarrollar todas sus potencialidades, crear una abultada obra y animar un proyecto que creció hasta ser la más importante tribuna para todos los cubanos donde quiera que estuvieran.

Durante estos once años no volvimos a vernos, pero siempre estuvimos cerca. Nunca me faltó su amor, su comprensión o su ayuda. Fue para mí alguien especial y siento que yo también lo fui para él. A pesar de su carácter vehemente y explosivo, no hubo entre nosotros grandes diferencias, tal vez porque yo acepté siempre su superioridad incuestionable en todo sentido. Lo admiraba profundamente como ser humano y lo quería entrañablemente como hermano. Abrigo la esperanza de que sus colaboradores puedan continuar su obra en el proyecto Encuentro de la Cultura Cubana. El me había anunciado su próxima novela, se llamaría *Viaje sentimental*, lo que no podíamos prever era que el título de su futura obra anunciaría un viaje hasta el final de sus días y, en gran medida, de los míos, por el inmenso dolor que me causa haberlo perdido.